



Fahrenheit 451.

SI LAS PALABRAS ARDIERAN

CONSEJO EDITORIAL PIROCROMO

¿Cómo alcanzar el confort social?, ¿cómo conseguir que la sociedad sea feliz?, ¿que esté conforme, pasiva, acrítica, utópica para cualquier gobierno?

La adaptación cinematográfica de *Fahrenheit 451*, icónica novela de Ray Bradbury, es una historia futurista (aunque hoy nos parezca ingenua, démosle oportunidad a sabiendas que es del año 1966), de ficción especulativa, en la cual la sociedad tiene una forma de vida altamente basada en la comodidad: llevan a cabo actitudes que vemos en nuestra época, como un esbozo de lo que podría llegar a ser con ese aleccionamiento impuesto por medio de la omnipresente pantalla de televisión. No sólo eso, a las personas se les prohíben los libros. Así se evita que se vuelvan críticas, reflexivas; es decir, que tomen actitudes inconvenientes para el régimen (uno basado en los totalitarismos del siglo XX, con todo y el culto de la personalidad).

El protagonista de la historia es un bombero llamado Montag. Los bomberos en este mundo narrativo son distintos: se encargan de crear incendios en lugar de apagarlos, con el objetivo destruir libros. Las autoridades justifican esto haciendo creer a los habitantes que la lectura los haría infelices.

Conforme se desarrolla la historia, Montag conoce a una joven, la cual convence al protagonista de leer los libros antes de quemarlos. Una vez inmerso en la lectura de los libros y conociendo el valor de cada uno de ellos en tanto que hubo un hombre detrás que los escribió, el personaje cuestionará su entorno, su trabajo, su condición como engrane de una maquinaria hecha para disolver cualquier ánimo de sedición.

Ayer fueron las preferencias sexuales, hoy son las drogas, pero, ¿y si fueran los libros? (que ya lo han sido antes, por supuesto). Bradbury escribió su novela como una advertencia del pasado hacia el futuro. Apenas unas décadas atrás se había regresado, como en tiempos de la Inquisición, a quemar libros y luego personas. La muy citada sentencia del escritor norteamericano de origen español, George Santayana bien puede resumir la tentativa de Bradbury: “Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo”. Porque como bien ha escrito George Steiner, el brillante ensayista judío, sobre el incalculable y, por ello, peligroso poder de los libros: “Los que queman los libros, los que expulsan y matan a los poetas, saben exactamente lo que hacen”.